

contener. Recordando la otra publicada por la misma bibliógrafa en el número extraordinario que le dedicó *Revista Iberoamericana*, el lector hará bien en meditar sobre el contenido de esta nueva versión puesta al día: toda la obra de Cortázar, las traducciones a 10 idiomas, unas 10 entrevistas, 20 libros totalmente sobre la obra del escritor argentino, 10 compilaciones o números extraordinarios de revistas y más de 400 artículos meticulosamente trillados.

El repaso de esa bibliografía nos lleva a meditar sobre un hecho mencionado por el propio Ivask en la introducción, quien considera que había necesidad de un libro así, en inglés, que estudiara a fondo la obra del autor. Me pregunto quién se atreverá a estudiar a fondo la obra de Cortázar y que al mismo tiempo necesite muletas críticas en inglés. De los 20 libros publicados sobre Cortázar y las 10 compilaciones, solamente uno está en portugués y otro en inglés, mientras que de las 35 tesis mencionadas ya, sólo 14 están escritas en castellano (el resto, casi totalmente en inglés, confirma la potencia del hispanismo—o argentinismo—norteamericano). A pesar de la loable labor de Ivask y los responsables literarios de Oklahoma, debemos llamar la atención sobre la absoluta necesidad del dominio del castellano para comprender cabalmente la obra de Cortázar. De lo contrario puede ocurrir que el lector crea que las traducciones al inglés y este volumen bastan para comprender la obra. La ignorancia tanto de la lengua como de la cultura latinoamericana no podrá arreglarse mediante la publicación de textos en inglés. La hondura de los ensayos incluidos en este volumen requiere una formación en el lector, cultura que a su vez convierte al castellano en una necesidad. JOAQUIN ROY (*University of Miami. Coral Gables, Fla. 33134. USA*).

*Joven poesía española. Antología. Selección de Concepción G. Moral. Introducción de Rosa María Pereda. Madrid, Ediciones Cátedra, Colección «Letras Hispánicas», núm. 107, 1979, 395 pp.*

Escribir sobre una antología supone casi siempre empezar diciendo: «Toda antología es discutible...», y no caeré en la tentación de repetir lo dicho tantas veces con mejor o peor fortuna. Polémicas, papel y jacobinas discusiones han orlado la historia de nuestras antologías de posguerra, historia que está, como tantas cosas, sin hacer e historia donde siempre han asomado intereses de dudosa validez, cuando no exasperadas posturas irreconciliables. Tampoco hablaré de las antologías precedentes para no arropar con erudición algo que no

la necesita; críticas saldrán, si no han salido, que sitúen los jalones de esta aventura en el lugar oportuno; precedentes notables, olvidos voluntarios y cantos de cisne suelen adornar este panorama. Tampoco diré los nombres de los que faltan (o de los que sobran), hay que respetar el criterio del antólogo, pues toda antología surge por un personal interés de quien la hace y es loable permitir que cada cual interprete a su manera aquello que juzga oportuno. Mi intención, por tanto, es impedir que factores ajenos al asunto interfieran en el juicio de la obra que nos ocupa; pretendo la mirada objetiva del texto, entendiendo que esta objetividad debe valorar lo que «hay», no lo que «no hay» o «debiera haber». El escrutinio de ausencias, el rosario de antecedentes pueden distorsionar la simple y escueta validez del intento; largo preámbulo que no es justificación de nada, sino «aviso de forasteros».

En la portada se nos dice *Joven poesía española*. Analicemos. El epíteto de «joven» engloba el período comprendido desde 1939 (Antonio Martínez Sarrión) hasta 1951 (Luis Antonio de Villena), con lo que nos encontramos ante un grupo de poetas que rondan todos los treinta años y de ahí hasta los cuarenta, predominando el núcleo de los nacidos entre 1944-1948. Llama la atención que no se incluya a nadie menor de esta edad, como si el Parnaso poético español careciera de ellos. Es indiscutible que existen —nunca como en este último decenio, que no década, se ha publicado tanta poesía—, pero hay que buscarlos, leerlos y conocerlos, y eso exige tiempo, ganas y devoción. Pienso que es más sencillo recoger un grupo suficientemente conocido ya —obra asequible, inclusión en otras antologías, amistades (¿?)— y aplicarles el epíteto con que se les denomina desde hace unos años —*¡tempus fugit!*— que empezar a rescatar a los que nunca accedieron y continuar la línea que empezaron otros. No querría mencionar la palabra «generación» cuando existe el natural relevo de los años, pero a este paso hay nombres que a los ojos de los lectores aparecen siempre como «nuevos» o «jóvenes». Hay que limitar campos y dejar que en una antología auténticamente joven sean los propios poemas los que justifiquen su inclusión; los nombres a veces equivocan la obra.

Hablemos de la «Introducción» (pp. 11-57). Si hay algo que caracteriza a la colección donde se incluye esta *Antología* es su difusión y dimensión docente; a los textos editados —y éste es el número 107— suelen anteceder estudios claros, informativos y eruditos, pensados para un público que así lo exige. Ninguno de estos adjetivos puede ser aplicado a las atropelladas páginas de Rosa María Pereda. En su lectura observamos un excesivo afán por desordenar lo orde-

nado y no de servir de modelo a lo que se pretende. Quizá alguien pueda aducir que el intento era otro (abandonar esquemas trillados [¿?], renovar clasificaciones heredadas, etc.), pero insisto en que esta colección, en este tipo de libro, la claridad y el orden deben prevalecer sobre las Intenciones personales o éstas tienen que relegarse a un segundo plano; hay otros caminos impresos que suelen solicitar estos aspectos y para ellos hay que dejar este tipo de planteamientos, y digo esto conscientemente respecto al primer apartado de la «Introducción», «Acerca de una poética nueva»; desde el tópico encuentro con el «27» hasta la obligada cita de Eco (¿eco?), pasando por el dudoso adjetivo de «moderno» o el plumazo que se propina a la poesía social para evitar contagios al lector. A estos aspectos se suman, dentro del desorden y la falta de sistema y claridad, la «no justificada» inclusión de la poesía experimental en la *Antología*, representada solamente por José Miguel Ullán de forma arbitraria y caprichosa—asunto del que luego hablaremos—, o la opinión discutible, dudosa, equívoca y apresurada: «Julio Campal, muerto por propia voluntad...» (p. 18), que debería haber meditado con atención. De aquí al final (pp. 18-30) se recorre con un inexplicable interés la imagen mítica de la España de posguerra, terminando con un amasijo cultural de dudosísima validez para el fin de la obra. Se habla de casi todo menos de lo que nos ocupa: la poesía. Deben existir otros caminos para abordar lo que se pretende y, desde luego, éste no es el más apropiado. De ahí (pp. 30-56) se pasa a una mención de cada poeta, donde una breve nota apresurada aclara aún menos de lo que se pretende, pues, repito, debe predominar una información objetiva y, por qué no, erudita—no es excusa la existencia de un currículum posterior—sobre la impresión personal de lectura. Cierra (p. 57-57) una ridícula «Bibliografía»: 14 entradas—incluso con errores—, sin ningún orden aparente y carente de toda selección; no merece la pena citar las ausencias ni intentar analizar las incluidas. Resumamos. Falta lo principal: la justificación teórica de «esta» *Antología*, el análisis global del corpus poético de los años que estudian (1968-1978), las citas bibliográficas que presuponen el manejo de obras, revistas, artículos, etc., necesario para la utilidad posterior del libro y, sobre todo, el ¿aparente? desconocimiento de los autores excluidos, cuya ausencia no se justifica ni de pasada (joven poesía andaluza, canaria—existe, sólo hay que leerla, etc.). Se puede criticar una antología con unos objetivos precisos, que justifican «algo», y sobre esa óptica afirmar o negar una postura; lo que es inútil es pretender reconstruir oscuros motivos no declarados.

La selección de autores y textos corre a cargo de Concepción G. Moral. En este aspecto es indudable la calidad de la *Antología*, aunque insistimos en la ausencia de representación de otros caminos y perspectivas. Hablábamos antes de la inclusión en el caso de José Miguel Ullán, de la poesía experimental. Es grave marginar esta corriente cuando existe precisamente en la época que tratamos un abundante y valioso muestrario. La exclusión en este caso supone una pobreza y no se justifica excluyendo dos poemas de Ullán si se olvidan los demás, sobre todo cuando el resto es mucho más significativo. A no ser que pensemos en una selección hecha por el propio autor—en este caso o en otros—, lo que explicaría ese vacío incomprendible. Lo mismo que lo experimental—tomado en un sentido muy amplio—sucede con otras corrientes. Hay una sospechosa unidad temático-formal en bastantes poetas, con lo que la idea subyacente de una determinada «estética» aflora en las páginas de la obra, y esto es algo válido en conjunto cuando los presupuestos de esa «estética» se aclaran en el prólogo—que ya hemos visto que sólo están embozados y más por ausencia que por presencia—o cuando voluntariamente se «selecciona» sobre un conjunto, aclarando motivos y criterios—aspecto que tampoco asoma en la «Introducción»—y que nos empuja al desconocimiento o al silencio de otros autores, obras o corrientes. Lástima que no haya tampoco un rigor bibliográfico, a veces se duda en obras por la carencia de datos y más recuerda una «ficha-carta» que una consulta directa, exigible cuando se trata de una obra de este tipo, aunque es obvio que supera con creces el desconocimiento de la «Introducción».

Se echan de menos poetas femeninas, y es raro cuando son dos las autoras y, aún más, cuando no precisan absolutamente nada al respecto.

Volvamos al principio. Creo no haber citado ningún nombre fuera de la obra, ni salido de los márgenes expuestos. Esta *Antología* hubiera merecido por la calidad de sus autores y el momento concreto de nuestra realidad literaria, incluso por el tipo de edición al que Cátedra nos tenía acostumbrados, un esfuerzo crítico mayor. Desgraciadamente, la lectura, la consulta y el cotejo son imprescindibles al abordar un trabajo como éste, si no queremos que el azar desfigure nuestra abulia o que nos muevan otros intereses ajenos al rigor y la utilidad. El lector, a veces, no es tan ingenuo.—VICTOR INFANTES DE MIGUEL (*avenida de Reina Victoria, 72, 8.º D. MADRID-3*).